

Una sociedad atenazada por el miedo

Stanley G. Payne

Orlando Figes

LOS QUE SUSURRAN. LA REPRESIÓN EN LA RUSIA DE STALIN

Trad. de Mirta Rosenberg

Edhasa, Barcelona 958 pp. 39,50 €

Iosif Stalin murió hace más de medio siglo y, menos de cuatro décadas después, su imperio se extinguió. Después de ese tiempo, los archivos soviéticos se abrieron parcialmente y la literatura histórica sobre el primer y más completo de los Estados totalitarios ha crecido rápidamente. El propio Stalin ha sido una figura que ha fascinado a los historiadores y en los últimos años han aparecido más libros sobre él que sobre ningún otro personaje de la historia contemporánea. La nueva historiografía ha centrado su atención no simplemente en los dirigentes y la política soviética, sino también en la estructura y el funcionamiento del propio sistema. Han aparecido los primeros estudios plenamente informados de la represión soviética y de la GULAG[1], además de investigaciones de otras instituciones soviéticas.

La literatura publicada en Occidente sobre el terrorismo de Estado soviético cuenta, sin embargo, con una dilatada historia. Desde 1920 aproximadamente han aparecido numerosos títulos sobre las políticas, las prácticas y las consecuencias del sistema leninista-estalinista. Hubo diversos hitos en esta literatura, el último de los cuales fue la publicación en la década de los setenta de *El archipiélago GULAG* de Alexander Solzhenitsyn. El nuevo libro de Figes no es, sin embargo, otro estudio más de las políticas del terrorismo de Estado u otra descripción de la vida en la GULAG, sino algo posiblemente incluso más importante: una narración social y psicológica detallada del efecto de la represión en los supervivientes y -en términos mucho más amplios- en sus familias y descendientes, así como en la sociedad soviética en un sentido más general. No se trata de un estudio de arriba abajo, como los libros clásicos de Robert Conquest, sino de abajo arriba, una verdadera historia social de los efectos de la represión y, como tal, es único. El libro consigue que el lector cobre conciencia de lo que significó todo esto en las vidas cotidianas de ciudadanos soviéticos de a pie de un modo que no había logrado hacer ningún estudio hasta la fecha.

Figes, catedrático de Historia en el Birkbeck College de la Universidad de Londres, se ha consolidado durante las dos últimas décadas como el estudioso más sobresaliente de la historia rusa contemporánea en el mundo anglófono. Sus libros anteriores más destacados fueron su historia de la Revolución Rusa y la guerra civil (1996) y *El baile de Natacha* (2002), una historia cultural de la Rusia moderna[2]. La base documental para este nuevo estudio es muy amplia. Visto retrospectivamente, el «período abierto» en la reciente historia rusa fueron, de manera aproximada, los años 1991 a 1996, cuando los archivos se abrieron parcialmente, se publicaron muchas nuevas memorias y se llevó a cabo una gran cantidad de historia oral. Cinco años después, este breve

período de franqueza empezó a verse limitado por un número creciente de restricciones. Figes se ha valido de grandes cantidades de material procedentes de ese período, junto con otros datos archivísticos y una gran cantidad de literatura anexa, pero lo que brinda a este libro tanta originalidad y frescura es el nuevo y amplio trabajo de historia oral, realizado fundamentalmente por ayudantes de investigación de «Memorial», la sociedad histórica de voluntarios dedicada a recuperar los testimonios de las víctimas. Figes ha utilizado los extensos archivos de historia oral que ya ha generado la sociedad pero, lo que es igual de importante, el grupo de Figes ha realizado durante un período de varios años entrevistas sistemáticas a una nueva y muy amplia muestra de supervivientes, cuya edad media en el momento de las entrevistas era de ochenta años. También recurre a numerosos documentos personales, diarios, cartas y otros recursos, coronados por una extraordinaria serie de fotografías de muchos de los principales protagonistas del libro. Estas últimas son con frecuencia sorprendentes, poniendo caras a los nombres, poniendo cuerpo a identidades y personalidades de una manera que raramente puede encontrarse en la historia social u oral. Esto imprime al producto final un elemento vívido y gráfico que resulta muy inusual.

La organización es, en grandes líneas, cronológica, pero la narración avanza por medio de las experiencias de vidas individuales, algunas de las cuales reaparecen de nuevo en etapas posteriores de la historia soviética. El primer y extenso capítulo aborda la revolución y sus secuelas, seguido de otros sobre cada segmento de la historia soviética, hasta llegar al final de la represión masiva y el cierre de gran parte de la GULAG en 1956. Un amplio capítulo conclusivo trata de las consecuencias en años posteriores hasta el final mismo del régimen soviético. Figes introduce breves descripciones de las innovaciones generales y las políticas estatales para aportar coherencia y continuidad, pero el libro está estructurado básicamente en torno a las experiencias de familias y supervivientes individuales, que en muchos casos se citan con sus propias palabras, lo que presta al testimonio frescura e inmediatez. Por comparación, las estadísticas son infrecuentes, ya que los detalles y las experiencias de las vidas individuales asumen una importancia primordial. El hecho de que muchas de las familias sean seguidas durante un período de dos generaciones, e incluso más, proporciona al lector una valoración más precisa de las continuidades y los cambios en la historia social soviética.

La cantidad de sufrimiento humano recogida es enorme, pero ningún aspecto es más prominente que la omnipresente sensación de miedo en la sociedad soviética, expresada más vívidamente en este libro que en ningún otro relato individual. Otra característica destacada es no simplemente lo que las víctimas y sus familias sufrieron a manos del Estado, sino cuánto sufrieron igualmente a manos de la propia sociedad soviética. Este estudio revela gráficamente hasta qué punto el sistema estalinista y sus normas crueles y estigmatizantes fueron interiorizadas psicológica y emocionalmente por una gran parte de la sociedad soviética, especialmente en las ciudades. Constituye una extraordinaria narración del funcionamiento de una sociedad totalitaria, que muestra que las familias y, más tarde, las víctimas supervivientes sufrieron a menudo casi tanto con la discriminación y estigmatización de los ciudadanos soviéticos normales como lo hicieron a manos del Estado. En un sentido más amplio, por tanto, no estamos simplemente ante una narración de todas aquellas personas vinculadas con las víctimas, sino también ante un relato del funcionamiento de la sociedad soviética en la

vida cotidiana, ofreciendo nuevas perspectivas sobre el funcionamiento de las instituciones locales, el lugar de trabajo e incluso otros aspectos, como las condiciones de las viviendas.

Figes explica que «la lengua rusa tiene dos palabras para “susurrante”: una para definir a alguien que susurra por miedo a ser oído (*shepchushchii*), y otra para definir a la persona que informa a espaldas de la gente a las autoridades (*sheptun*). La distinción se origina en la época de Stalin, cuando toda la sociedad soviética estaba constituida por “susurrantes” de una u otra clase». El aspecto individual más importante de este extraordinario libro es, pues, que explica como ningún otro los modos en que la sociedad normal participó en los mecanismos represivos del régimen soviético, y se convirtió en un cómplice, hasta el punto de que incluso años después de la muerte de Stalin las familias de los reprimidos seguían escondiendo su estatus y sus sufrimientos, por miedo a que se repitieran de nuevo. En un ejemplo llamativo, dos de los descendientes de las familias «reprimidas» se enamoran y contraen matrimonio, pero durante veinte años ambos cónyuges se ocultan mutuamente la verdad sobre sus orígenes familiares, recelando de las consecuencias que podrían tener estas revelaciones incluso para aquellos con quienes mantenían una relación más íntima. Los rusos de a pie fueron las víctimas, pero también en otro sentido los perpetradores. En palabras de Figes, «el verdadero poder y el legado perdurable del sistema estalinista no emanaron de las estructuras del Estado ni del culto al líder, sino, como señaló en cierta ocasión el historiador ruso Mijail Gefter, “del estalinismo que penetró en cada uno de nosotros”».

Este aspecto ha sido muy bien captado por la reciente crítica aparecida en *Bookforum*, que señala:

En su panorámico nuevo libro, Figes se dispone a investigar este crimen de silencio, en el que la víctima –el pueblo ruso– fue también el perpetrador. *Los que susurran* es el título perfecto para este retrato de la sociedad humana bajo el gobierno de los bolcheviques: una nación de paranoicos, temerosos y autoengañados; un imperio de caníbales, devorándose unos a otros en silencio, con un inmenso sufrimiento, pero oyéndose muy pocos gritos [...]. El libro es un mosaico de sólo algunas de estos millones de vidas destrozadas.

Ningún otro estudio ha captado de forma tan dramática el carácter de la autorrepresión soviética.

En otro sentido, lo que el lector puede colegir de este libro es un juicio muy negativo de la sociedad rusa y de su capacidad para la solidaridad social. Aunque algunos ciudadanos mostraron una nobleza y un coraje extraordinarios, y casi todos ellos una capacidad para soportar un gran sufrimiento y perseverar, ni en la revolución de 1917 ni en los años posteriores hubo muchos de ellos capaces de mostrar gran compasión o solidaridad humana. Esto se debió simplemente en parte al «sistema», pero entonces

vuelve a suscitarse la pregunta de cómo llegó a implementarse inicialmente el sistema. En ciertos sentidos, el lenguaje bolchevique era similar al de los regímenes fascistas, con su retórica de ser duro, fuerte e impersonal, y su terminología incesantemente militarizada. En mayor medida que en los regímenes fascistas, sin embargo, el régimen soviético ejerció esta implacabilidad y falta de compasión contra sus propios ciudadanos.

Figes no ignora a la élite soviética, ya que se introduce un contrapunto por medio de la presentación de la vida y la carrera del encumbrado escritor soviético Konstantin Simonov, descendiente de una familia aristocrática zarista reprimida que hubo de labrarse su ascenso desde cero en el nuevo sistema, aprendiendo a rehacerse en el estilo soviético y convirtiéndose finalmente en una de sus voces más ricamente recompensadas. La vida de Simonov se entretrejió con la de muchas otras personas procedentes de diversos sectores de la sociedad soviética cuyo destino era muy diferente, de modo que las interconexiones y las diferencias revelan la muy compleja estructura de la vida rusa en aquellos años.

Al conformista *apparatchik* literario Simonov se contrapone la notable familia Laskin, con una de cuyas hijas estuvo casado brevemente el escritor antes de abandonarla. Los Laskin eran una cultivada y progresista familia judía, personas que conservaban un sentido del honor y la responsabilidad personal, algo que, por supuesto, hubieron de pagar muy caro. En conjunto, las muestras de la sociedad soviética son amplias y representativas, y van de las antiguas y las nuevas élites a las clases medias soviéticas, los trabajadores industriales e incluso modestos campesinos procedentes de diversas regiones del país.

Lo que hace que este libro sea especial es que la bibliografía existente ha estado dedicada en tan gran medida al Estado soviético y sus dirigentes, políticas, instituciones y guerras, y que todo el ámbito de la vida privada, de la vida normal, apenas ha sido estudiado. Además, no estamos ante un estudio únicamente de personas concretas, sino también ante una narración de las experiencias de familias, porque este es el modo en que se vive realmente la vida. Revela el mundo interior de la sociedad soviética como ningún otro libro. Sus reseñistas han recurrido a palabras como «deprimente», «desgarrador», «inolvidable» e, incluso, «aterrador». Todas ellas parecen apropiadas. Como un estudio del efecto del totalitarismo en la vida ordinaria se sitúa virtualmente en solitario, y en la historia de las mentalidades ha pasado a ocupar un lugar también prominente. Ningún historiador ha conseguido penetrar tan profundamente en el tejido fundamental de la vida rusa en los años formativos soviéticos. Con este libro se aprende mucho más sobre el carácter de la sociedad soviética y sobre cómo funcionaba que con la lectura de cinco biografías de Stalin. Y una cosa que hace que su lectura resulte incluso más deprimente es que en el siglo XXI, con el neautoritarismo del régimen de Putin, Rusia está viéndose reducida una vez más hasta un cierto punto a una sociedad de «susurrantes».

Traducción de Luis Gago

Este texto ha sido escrito por Stanley G. Payne especialmente para *Revista de Libros*

[1] El autor piensa que el término debe traducirse en femenino, como la GULAG, puesto que la palabra clave en el acrónimo es *Upravlenie*, «Administración» en ruso. [N. del T.]

[2] Recensionados, respectivamente, por Luis Arranz y Stanley G. Payne en *Revista de Libros*, núm. 60 (diciembre de 2001), pp. 13-17, y núm. 116 (junio de 2006), pp. 15-16.